



Concede a tus fieles, Dios todopoderoso, el deseo de salir acompañados de buenas obras al encuentro de Cristo que viene, para que, colocados a su derecha, merezcan poseer el reino de los cielos. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.



EVANGELIO: Lc 21, 25-28. 34-36

En aquel tiempo, dijo Jesús sus discípulos: «Habrá signos en el sol y la luna y las estrellas, y en la tierra angustia de las gentes, perplejas por el estruendo del mar y el oleaje, desfalleciendo los hombres por el miedo y la ansiedad ante lo que se le viene encima al mundo, pues las potencias del cielo serán sacudidas.

Entonces verán al Hijo del hombre venir en una nube, con gran poder y gloria.

Cuando empiece a suceder esto, levantaos, alzad la cabeza; se acerca vuestra liberación.

Cuando empiece a suceder esto, levantaos, alzad la cabeza; se acerca vuestra liberación.

Tened cuidado de vosotros, no sea que se emboten vuestros corazones con juergas, borracheras y las inquietudes de la vida, y se os eche encima de repente aquel día; porque caerá como un lazo sobre todos los habitantes de la tierra.

Estad, pues, despiertos en todo tiempo, pidiendo que podáis escapar de todo lo que está por suceder y manteneros en pie ante el Hijo del hombre».



Comenzamos un nuevo ciclo litúrgico con el inicio del tiempo del Adviento. Cuando hablamos de "ciclo" y, cada año volvemos a vivir los mismos tiempos litúrgicos del anterior, nos puede dar la sensación de repetir siempre lo mismo, de estar en un círculo sin salida, eternamente igual. Sin embargo, el ciclo litúrgico no es el círculo del eterno y fatal retorno, sino que es, más bien, una espiral,

que se eleva hacia el cielo. La historia humana tiene una orientación: el cielo. A él apunta precisamente la primera parte del Adviento que nos invita a mirar hacia delante, hacia el final de los tiempos. Cuando se piensa en ello, se suele imaginar una serie de catástrofes naturales de proporciones mundiales. El lenguaje apocalíptico del evangelio parece apuntarnos a ello: "Habrá signos en el sol y la luna y las estrellas, y en la tierra angustia de las gentes". Estas imágenes no quieren infundirnos temor, sino indicarnos que todo lo presente es finito, caduco, que esta realidad en la que vivimos pasará y que, al final, se manifestará lo que permanece de veras: "Entonces verán al Hijo del hombre venir en una nube, con gran poder y majestad..." La palabra "Adviento" es la traducción latina de la palabra griega "parusía", que significa "presencia", "llegada". Y nos quiere preparar para el encuentro con Cristo. El Adviento es una llamada para relativizar todo lo presente y para saber descubrir hoy la presencia ya comenzada de Aquél que llegará, de modo manifiesto, al final de los tiempos.

¿Qué actitud hay que mantener entonces y también ahora? El evangelio insiste por dos veces en que ante el Hijo del hombre hay que: "levantarse, alzar la cabeza y mantenerse en pie".

Lo contrario es permanecer doblado sobre uno mismo. Es la actitud de quien vive centrado en sí mismo y en las realidades presentes, el que se da a sí mismo y al mundo un valor imperecedero, como si fuera la única realidad existente. Éste es el hombre que vive cerrado a la trascendencia, volcado únicamente en sus cosas. Por eso, el Señor nos lo indica en el evangelio: "tened cuidado

de de vosotros, no sea que se emboten vuestros corazones con juergas, borracheras y las inquietudes de la vida".

"Estad despiertos, manteneos en pie ante el Hijo del hombre" significa vivir abiertos a Dios, abiertos a la trascendencia y abiertos al amor; significa mirar al cielo y vivir de cara a él. Por ello, la invitación más característica del Adviento es la vigilancia. La vigilancia es propia de quien espera. Y espera quien sabe que lo presente es transitorio y lo mejor está por llegar.

No vigila ni espera el que se entrega a este mundo y a sus cosas y en ello cifra el sentido de su vida. Este tal sí que vive en la rueda del eterno retorno: absorbido por la continua actividad; deseando siempre algo más, pero incapacitándose a ello por cerrarse a Aquél que rompe ese círculo vicioso y eleva la vida a un horizonte mayor: la santidad, el cielo. Por eso, no nos dejemos ahogar por "los agobios de la vida", no olvidemos que estamos aquí sólo de paso.

Vivamos así nuestra vida, como un continuo Adviento, y entonces nos prepararemos bien para recibir la gracia del nacimiento del Señor en la próxima Navidad, en la que Él viene a nosotros para levantarnos y elevarnos juntamente con Él.



Señor, tú que te complaces en habitar en los rectos y sencillos de corazón, concédenos vivir por tu gracia de tal manera que merezcamos tenerte siempre con nosotros. Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo, que vive y reina contigo en unidad del Espíritu Santo y es Dios por siglos de los siglos. Amén





Dios todopoderoso, rico en misericordia, no permitas que, cuando salimos animosos al encuentro de tu Hijo, lo impidan los afanes terrenales, para que, aprendiendo la sabiduría celestial, podamos participar plenamente de su vida. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.



En el año decimoquinto del imperio del emperador Tiberio, siendo Poncio Pilato gobernador de Judea, y Herodes tetrarca de Galilea, y su hermano Felipe tetrarca de Iturea y Traconítide, y Lisanio tetrarca de Abilene, bajo el sumo sacerdocio de Anás y Caifás, vino la palabra de Dios sobre Juan, hijo de Zacarías, en el desierto.

Y recorrió toda la comarca del Jordán, predicando un bautismo de conversión para perdón de los pecados, como está escrito en el libro de los oráculos del profeta Isaías:

«Voz del que grita en el desierto: Preparad el camino del Señor, allanad sus senderos; los valles serán rellenados, los montes y colinas serán rebajados; lo torcido será enderezado, lo escabroso será camino llano. Y toda carne verá la salvación de Dios».



En nuestro camino de Adviento, hoy sale a nuestro encuentro S. Juan Bautista. En él -dice el evangelista- se cumple la profecía de Isaías: "Uno voz grita: 'En el desierto, preparad el camino al Señor". Se trataba del anuncio de Isaías al pueblo de Israel cuando vivía en el exilio (Is 40):

- Ya ha terminado el tiempo largo de la espera.
- Ahora Dios va a intervenir en la historia consolándoos, salvándoos, sacándoos de tierra extranjera y devolviéndoos a la vuestra.
- Por tanto: "preparad el camino al Señor". Pero, ¿no es el pueblo el que vuelve a Jerusalén? ¿Cómo es que el camino es para el Señor?

- -Sí, se anuncia el final de una época de tribulación y de espera.
- Pero en esa época el pueblo no ha estado solo. Dios no ha abandonado a su pueblo en su exilio en tierra extranjera, sino que Él mismo se ha auto-exiliado, se ha hecho uno con el pueblo. Por eso, ahora, el camino de regreso es para el Señor que, como un pastor, conduce a su pueblo a la tierra prometida que mana leche y miel.
- Esa unión de Dios con su pueblo toma tintes esponsales, al final del libro de la Consolación de Isaías: "No temas... Porque tu esposo es tu Hacedor...; y el que te rescata, el Santo de Israel..." (Is 54).
- Ante este anuncio, por parte de Dios, se pide al pueblo correspondencia: Preparad el camino, allanad la calzada, "que los valles se levanten, que montes y colinas se abajen".

Quinientos años después, el Bautista anuncia que aquella profecía se realizará de modo pleno en el que viene detrás de él:

- En Jesucristo, Dios ha venido a consolar a su pueblo, a sacarlo del exilio en tierra extranjera (el pecado es para nosotros tierra extranjera, pues nos aparta de la comunión con Dios).
- Pero incluso en esta tierra extranjera, en esta carne de pecado, Dios no nos ha dejado solos. Él viene a hacerse uno con nosotros, asumiendo él mismo nuestra carne de pecado para redimirla desde dentro.
- Y así se ha desposado con nuestra humanidad, sellando una nueva alianza en su sangre. Esto es lo que celebraremos en Navidad: los esponsales de Dios con nuestra humanidad para salvarnos.

Y, como antes a Israel, ahora a nosotros se nos pide correspondencia: "Preparad el camino al Señor, que los valles se levanten, que montes y colinas se abajen".

Se nos pide levantar los valles de nuestros desánimos, de nuestra falta de esperanza y de fe. Y, a la vez, es necesario que "las colinas se abajen", es decir, que abajemos las colinas de nuestras autosuficiencias, pues, pese a todos los logros modernos, sigue existiendo mal en el mundo, el hombre sigue necesitando ser salvado de sí mismo, de lo que puede llegar a convertirse sin Dios.

Éste es Adviento, camino de conversión: Así es como preparamos el camino al Señor: cultivando la virtud de la humildad, para reconocer que necesitamos ser salvados, y creciendo en la fe de que Dios es el único que puede hacerlo.

Que la Stma. Virgen nos acompañe y disponga nuestro corazón para acoger el consuelo y la salvación de Dios.



ORACIÓN FINAL

Señor Jesús, te damos gracias por tu Palabra que nos ha hecho ver mejor la voluntad del Padre. Haz que tu Espíritu ilumine nuestras acciones y nos comunique la fuerza para seguir lo que Tu Palabra nos ha hecho conocer. Haz que nosotros como María, tu Madre, podamos no sólo escuchar, sino también poner en práctica y hacer vida tu Palabra. Amén.





Oh, Dios, que contemplas cómo tu pueblo espera con fidelidad la fiesta del nacimiento del Señor, concédenos llegar a la alegría de tan gran acontecimiento de salvación y celebrarlo siempre con solemnidad y júbilo desbordante. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.



EVANGELIO: Lc 3, 10-18

En aquel tiempo, la gente preguntaba a Juan: «¿Entonces, qué debemos hacer?»

Él contestaba: «El que tenga dos túnicas, que comparta con el que no tiene; y el que tenga comida, haga lo mismo».

Vinieron también a bautizarse unos publicanos y le preguntaron: «Maestro, ¿qué debemos hacer nosotros?»

Él les contestó: «No exijáis más de lo establecido».

Unos soldados igualmente le preguntaban: «Y nosotros, ¿qué debemos hacer?»
Él les contestó: «No hagáis extorsión ni

El les contestó: «No hagáis extorsión ni os aprovechéis de nadie con falsas denuncias,

sino contentaos con la paga».

Como el pueblo estaba expectante, y todos se preguntaban en su interior sobre Juan si no sería el Mesías, Juan les respondió dirigiéndose a todos:

«Yo os bautizo con agua; pero viene el que es más fuerte que yo, a quien no merezco desatarle la correa de sus sandalias. Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego; en su mano tiene el bieldo para aventar su parva, reunir su trigo en el granero y quemar la paja en una hoguera que no se apaga».

Con estas y otras muchas exhortaciones, anunciaba al pueblo el Evangelio.



REFLEXIÓN

¡Domingo Gaudete! Domingo en el que se nos invita a pregustar ya la alegría de la Navidad.

Todos buscamos la alegría. Es como si estuviéramos programados para ella. Pero diferimos en el modo de buscarla. Muchos identifican "alegría" con "diversión".

De hecho, cada vez proliferan más los grandes centros comerciales y de ocio.

Incluso internet, más allá de ser un medio

para intercambiar información, se convertido en un espacio de entretenimiento v diversión. Allí nos creamos particular mundo, a nuestra medida... Esto es la diversión, según su sentido etimológico: "dar un giro en dirección opuesta", salir de los compromisos y responsabilidades de la vida. Ciertamente, que, psicológicamente, necesitamos escapar de la rueda de la rutina, sentir que no somos esclavos ni estamos sometidos a un horario o a un trabajo. Todos necesitamos unos días de vacaciones. Esto es necesario. Pero si la alegría consiste en huir del mundo o en la fabricación de unos estímulos que me hacen sentir bien... nos estamos conformando con muy poco. En realidad, siempre quedamos insatisfechos: tras cada conquista, buscamos otra mayor, tras las vacaciones de Navidad deseamos ya que lleguen las del verano... Nunca nos sentimos colmados.

En verdad, la verdadera alegría no se puede fabricar ni la puede dar nada de este mundo, sino que nace de un encuentro. La fuente de la alegría nace de la certeza de ser amados por Dios, amados personalmente por Alguien, infinitamente más grande que nosotros, capaz de colmar los deseos que todos llevamos dentro. Hoy el profeta Sofonías invita a Jerusalén a la alegría ("Regocíjate, hija de Sión, grita de júbilo, Israel; alégrate y gózate de todo corazón, Jerusalén"). El motivo de esta alegría no es otro que la presencia de Dios en medio de ella y su amor que prevalece sobre todo: "El Señor será el rey de Israel, en medio de ti, y ya no temerás. Aquel día dirán a Jerusalén: No temas, Sión, no desfallezcan tus manos. El Señor, tu Dios, en medio de ti, es un guerrero que salva. Él

se goza y se complace en ti, te ama y se alegracon júbilo como en día de fiesta.'

Del mismo modo, S. Pablo nos invita hoy a la alegría: "Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito, estad alegres. Que vuestra mesura la conozca todo el mundo". El motivo para estar alegres es que "el Señor está cerca".

Esto es el Adviento y la Navidad: volver a descubrir la presencia y cercanía de Dios que ha venido a nosotros y ha querido compartir nuestra vida para hacernos partícipes de la suya. Si le damos acogida en nosotros, toda estará penetrado de esta gozosa certeza y todo lo viviremos ya en Dios, como pide S. Juan Bautista a los que se acercan a Él en el evangelio de este Domingo. La cercanía del Señor nos hace vivir nuestra vida, también en sus vertientes social y profesional, de modo nuevo: sin codicia, con desprendimiento respecto a los bienes de este mundo, con generosidad, con honradez..., porque hemos descubierto que nuestra sed de alegría y de felicidad no puede ser saciada por nada de este mundo, sino solo por Alguien que, por nosotros, se ha hecho Niño.

Que la alegría de sentirnos amados sea la banda sonora de nuestra vida y el mejor testimonio que ofrezcamos a los demás en



ORACIÓN FINAL

Ven Espíritu Santo, Ven a nuestra vida, a nuestros corazones, a nuestras conciencias. Mueve nuestra inteligencia y nuestra voluntad para entender lo que el Padre quiere decirnos a través de su Hijo Jesús, el Cristo. Que tu Palabra llegue a toda nuestra vida y se haga vida en nosotros. Amén





Derrama, Señor, tu gracia en nuestros corazones, para que, quienes hemos conocido, por el anuncia del ángel, la encarnación de Cristo, tu Hijo, lleguemos, por su pasión y su cruz, a la gloria de la resurrección.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.



EVANGELIO: Lc 1, 39-45

En aquellos mismos días, María se levantó y se puso en camino de prisa hacia la montaña, a una ciudad de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel.

Aconteció que, en cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre. Se llenó Isabel del Espíritu Santo y, levantando la voz, exclamó:

«¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor? Pues, en cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. Bienaventurada la que ha

creído, porque lo que le ha dicho el Señor se cumplirá».



Estando ya muy cercana la celebración de la Navidad, la Palabra de Dios de este IV Domingo de Adviento quiere prepararnos haciéndonos escuchar la profecía de Miqueas que apunta a Belén como el lugar donde nacerá el Mesías. Esta promesa que pesa sobre ella y el hecho de ser la cuna del rey David contrastan con su pequeñez y aparente insignificancia, "pequeña entre las aldeas de Judá": Dios realiza sus maravillas en los humildes, Dios se complace en engrandecer a los que son tenidos por pequeños por la opinión humana. Más aún, Él engrandece la pequeñez haciéndose Él mismo pequeño.

Este es el núcleo temático del canto del Magníficat entonado por la Virgen en la casa de su pariente Isabel, tomando pie de lo que Ella misma ha experimentado de la acción de Dios en su propia vida. Hoy escuchamos en el

evangelio el encuentro entre María e Isabel. En el relato podemos ver en María algunas actitudes que nos pueden ayudar para prepararnos a recibir la gracia del nacimiento de Jesús:

- a) "Se levantó y se puso en camino". El verbo que se utiliza para ese "levantarse" es el mismo que aparece en los relatos pascuales para hablar de la resurrección de Cristo. ¿De qué tenemos que levantarnos nosotros? ¿Qué ámbitos en nuestra vida deben abrirse a la fuerza de la resurrección? ¿Qué debe resucitar en nosotros? Tal vez, tengamos que levantarnos de nuestra rutina, del desánimo, de la mediocridad o del conformismo o de haber tirado la toalla en nuestra lucha contra el pecado. La invitación a levantarse es una llamada de nuevo a salir de nosotros mismos, a abrirnos al Dios que se abre y viene a nosotros en la carne de un Niño.
- b) La gozosa prontitud. Se señala en el evangelio las prisas de María por llegar a casa de Isabel. No se trata de la precipitación en la que hoy vivimos inmersos en el mundo. ¿A qué puede deberse y de qué tipo es la "prisa" de María?
- Tal vez para preservar de todo peligro el tesoro que llevaba en su seno. ¿Cómo cuidamos la fe cristiana que hemos recibido? Tengamos prontitud para apartar de nuestra vida toda sombra, todo peligro que pueda separarnos de Dios.
- Tal vez, por la alegría, así lo explica S. Ambrosio. ¿Vivimos nuestra fe cristiana con alegría o como una carga que nos compromete demasiado? Cuando uno tiene una noticia grande, importante, que comunicar a otros lo hace con prisas, y con

una alegría contagiante. ¿Cómo contagiamos la alegría de quienes se han encontrado con Dios?

- Tal vez, por el deseo de servir: seamos prontos para salir de nosotros, entregarnos y darnos a los demás. "Pon amor y sacarás amor". María recibe la felicitación de Isabel. Olvidándose de sí misma y poniéndose al servicio de su prima encuentra que su prima se olvida también de sí misma, de la noticia que le quería comunicar, y prorrumpe en bendiciones. El olvido de uno mismo genera bendiciones y produce también olvido de sí en los demás.
- c) Que nuestra palabra sea portadora de paz y gozo. "Entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. Y sucedió que, en cuanto oyó Isabel el saludo de María, saltó de alegría el niño en su seno e Isabel quedó llena del Espíritu Santo". Toda palabra es portadora de una semilla buena o mala. ¿Qué semilla porta nuestras palabras y nuestros gestos? ¿Ponen paz o echan más leña al fuego? ¿Crean comunión o dividen? ¿Hablo de Dios o sólo de mí? Tomemos conciencia del mucho bien o del mucho mal que pueden hacer nuestras palabras (cfr. Sant 3,2-12).



ORACIÓN FINAL

Señor Jesús, llena mi corazón con la luz y la gracia del Espíritu Santo. Transfórmame con el resplandor de tu rostro, con la gracia de tu Misericordia. Ahuyenta mis miedos, dame tu paz, sé Tú el alimento que me dé fuerzas para recorrer el camino de la vida y ayudar a mis hermanos a recorrerlo contigo. Que todos seamos uno en Ti para llegar gozosos a la Casa del Padre. Amén.





Oh, Dios, que por la Concepción Inmaculada de la Virgen preparaste a tu Hijo una digna morada y, en previsión de la muerte de tu Hijo, la preservaste de todo pecado, concédenos, por su intercesión, llegar a ti limpios de todas nuestras culpas.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

EVANGELIO: Lc 1, 26-38

En aquel tiempo, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la estirpe de David; el nombre de la virgen era María. El ángel, entrando en su presencia, dijo: «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo».

Ella se turbó grandemente ante estas palabras y se preguntaba qué saludo era aquel. El ángel le dijo: «No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por

nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin».

Y María dijo al ángel: «¿Cómo será eso, pues no conozco varón?».

El ángel le contestó: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que va a nacer será llamado Hijo de Dios. También tu pariente Isabel ha concebido un hijo en su vejez, y ya está de seis meses la que llamaban estéril, "porque para Dios nada hay imposible"».

María contestó: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra».

Y el ángel se retiró.



Celebramos hoy a la Inmaculada Concepción de la Virgen María. Y, con Ella, estamos celebrando ya el triunfo anticipado de su Hijo Jesucristo: María es la primera redimida, más aún, la única redimida de un modo singular,

pues a nosotros Cristo nos ha redimido liberándonos del pecado ya contraído; a María, en cambio, la ha redimido preservándola limpia de todo pecado.

Por eso, el ángel en Nazaret puede llamarla "llena de gracia", en plena amistad y comunión con Dios desde el primer momento de su existencia, sin que Satanás hubiera tenido parte en Ella ni un solo segundo de su vida. Ella es la mujer, anunciada ya por Dios en Génesis, en total enemistad con la serpiente cuya cabeza aplasta.

Pero lo que Dios ha hecho en María lo quiere hacer en cada uno de nosotros. En María Dios muestra la belleza y el orden con que quería adornar a toda la creación y que, mancillada por el pecado de nuestros primeros padres, ha sido restaurada por Cristo.

¿De qué belleza se trata? No es la belleza exterior que valora el mundo, que encumbra a unos a la fama y al éxito y descarta a otros. Esta valoración de las personas por su apariencia es engañosa, del todo, injusta, y, al final, termina por discriminar a todos, pues, al cabo de los años, el aspecto externo termina marchitándose.

¡Una persona no puede ser valorada por su apariencia! María Inmaculada nos enseña hoy dónde radica el verdadero valor de la persona humana, dónde está la verdadera belleza.

El valor y la belleza de toda persona humana radica en el alma y no depende de unos cánones sociales ni tampoco de una edad. La expresión hacia fuera de la belleza interior es la sonrisa. Y la sonrisa nace de la alegría de quien viven en comunión con Dios.

En el saludo del ángel a María, la invitación a la alegría comparte en griego la misma raíz de la cualidad que define a María: el ser "llena de gracia". La verdadera alegría está en vivir en gracia. Ésta es la verdadera belleza del alma: el vivir en amistad con Dios. Ésta es la alegría y la belleza que brilla en los niños antes de que, por desgracia, el ambiente del mundo y el pecado arrebaten su inocencia, cada vez, lamentablemente, a edades más tempranas. Y es que el pecado, que inicialmente promete tanto al hombre, termina por envejecer el alma y sumirlo en una desazón vital. La gracia de Dios, en cambio, revitaliza el alma, la rejuvenece, la hace participar de la misma belleza y orden de Dios.

Ésta es la belleza que resplandece en María: la belleza de quien vive en comunión con Dios, de quien vive en el amor y se entrega por los demás. Ésta es la verdadera belleza que no pasa, aunque pasen los años.

Celebrando hoy a María, purísima, llena de juventud y de limpia hermosura, mirémonos, desde ella, de modo nuevo, miremos a los demás desde el corazón, no las apariencias sino el interior. Eduquemos también así a nuestros niños y jóvenes, enseñémosles dónde está la verdadera belleza.

Que nuestra Madre Inmaculada guarde en su Corazón a nuestros niños y jóvenes. Que



Señor Jesús, te damos gracias por tu Palabra que nos ha hecho ver mejor la voluntad del Padre. Haz que tu Espíritu ilumine nuestras acciones y nos comunique la fuerza para seguir lo que Tu Palabra nos ha hecho conocer. Haz que nosotros como María, tu Madre, podamos no sólo escuchar, sino también poner en práctica y hacer vida tu Palabra. Amén.

LECTIO DIVINA COFRADE